

CRONICA UNIVERSITARIA

MONS. PABLO CABRERA, DOCTOR "HONORIS CAUSA" --

El 23 de junio corriente, se realizó con toda solemnidad el acto académico organizado por la Universidad para entregar a Mons. Pablo Cabrera el título de doctor "*honoris causa*" que la misma le ha conferido; como justiciero homenaje a su obra de historiador y publicista.

Los sitios de honor ocupábanlos, el del centro, el gobernador de la provincia, quien tenía a su izquierda al ilustrísimo señor obispo diocesano monseñor Lafitte, siguiéndole el ministro de gobierno doctor Amadeo Sabattini, el doctor Guillermo Rothe y el ingeniero Luis Achával. A la derecha del doctor Martínez, el Rector doctor León S. Morra, el presbítero doctor Pablo Cabrera, el doctor Enrique Martínez Paz y el doctor José María Pizarro. Los demás asientos académicos estaban ocupados por consejeros y profesores de la casa y el resto de la sala lo llenaban damas, sacerdotes y caballeros.

El doctor Enrique Martínez Paz leyó el discurso que insertamos a continuación.

Acto continuo, el señor Rector Dr. Morra, entregó a Mons. Cabrera el diploma que le acredita como doctor "*honoris causa*".

Al cumplimentar la susodicha resolución del Consejo Superior universitario, dijo el Dr. Morra:

Monseñor: Pongo en vuestras manos el diploma que acredita el título de "doctor honoris causa", que el Consejo Superior de la Universidad os confiere.

Todo en vos da lustre a ese título: la dignidad de vuestra

vida y estado, mantenido con decoro y renombre y el valor de vuestros trabajos meritísimos que señalan a los hombres del presente los hechos, las virtudes, los ejemplos del pasado.

El empeño con que habéis atesorado vuestro saber, sin doblegaros ante la fatiga y dolencias corporales, es para todos un claro ejemplo de devoción a la ciencia que os enaltece.

Nos es grato rendiros la justicia que merecéis y al hacerlo formulamos votos a fin de que el autor de los días conserve los vuestros largos años llenos de vigor y claridad.

Discurso del Dr. Enrique Martínez Paz

No sé por qué, siento volver a mi memoria con una rara persistencia el grave juicio contenido en una sentencia de Schopenhauer que advierte, que a los hombres se los alaba o se los censura siempre, pero que jamás se los comprende.

Yo no quisiera poner en estas páginas ni la alabanza que envanece y que el más débil soplo disipa, ni la censura que agravia y amarga el alma; busco por la comunión en una rara intimidad, en una secreta simpatía, incorporarme a ese fluir profundo de un espíritu, que anima una obra y una vida en el correr de los años fecundos.

El señor Presbítero Cabrera aparece en el escenario intelectual ocupando la cátedra sagrada. La suerte había de depararle la envidiable ventura de levantar su voz en un momento solemne, desde la Catedral de Buenos Aires, para celebrar, disipados los temores de la guerra, la paz, y la fraternidad de los pueblos americanos. Y más tarde, otra vez, en el mismo sagrado ministerio, desde las más altas cumbres de los Andes, proclamar ante la imagen del Cristo Redentor el Pacificador Supremo, el reinado de la justicia, para sellar con ello, definitivamente, los pactos de la paz. Después de entonces, su imaginación fogosa, su estilo nervioso y ágil, el vuelo apasionado de su espíritu que lo elevaba a las regiones de la límpida elocuencia, no volvieron a mostrarse como en aquella ocasión. Parecería que la obra de un voluntario renunciamiento hubiera contenido el arrebató generoso, mientras se envolvía como en un pulcro sayal anónimo, aquella figura arrogante y grave, aquel

ademán, noble y amplio, que anunciaban la suprema dignidad del espíritu.

En la cátedra de la elocuencia sagrada, no se volvió a escuchar su voz; si alguna vez corrió a asociar la Iglesia a las celebraciones patrióticas, fué más bien para elevarlas al soplo de su ardiente fe que para comunicarles el tesoro secreto de su elocuencia.

El doctor Cabrera abrazó luego, con el mismo ardor, los destinos del americanista y se formó por propia disciplina, arqueólogo, lingüista, historiador. Su labor y sus méritos en estos campos son inmensos; llegó a conocer los archivos y a dominar sus materiales con una superior maestría, lo que le permitió ilustrar la historia de nuestros orígenes con sensacionales revelaciones; reconstruir sus más oscuros episodios e ilustrar con sus inducciones el campo de la geografía lingüística y de la etnografía prehispánica.

Las contiendas histórico-geográficas, como la relativa a la implantación y vida de la legendaria ciudad del Barco en el Tucumán, han recibido una luz nueva de sus críticas y de sus aportes documentales. Otras ciudades argentinas, como la de San Miguel de Tucumán, deben al doctor Cabrera la revelación auténtica de su origen, la propia acta de su fundación, con lo que han esclarecido la oscura tradición en que se asentaba su historia. Su "Córdoba de la Nueva Andalucía", es un modelo de severa reconstrucción, de paciencia admirable, de maestría en el manejo de los materiales y de los recursos de la crítica; será por mucho tiempo fuente única e imprescindible.

La historia literaria de estas desiertas regiones del Tucumán se han enriquecido con los más valiosos documentos, merced a la investigación incansable del doctor Cabrera. Las "Coronas Líricas" de Luis José de Tejada, aquel ardiente pecador, creyente y aventurero, que tan bien simboliza su época, ha nacido para las letras patrias, por la obra de su personal revelación. La biografía de Mateo Rosas de Aquendo, el cantor semi desconocido del Famatina, ha recibido de manos de Cabrera, las páginas americanas de su vida, que ha comentado con tanto honor Alfonso Reyes, desde la "Revista de Filología Española".

Esta vasta obra histórica, que se contiene en una extensa lista

de biografías, monografías y comentarios, se ahonda y fructifica en sus investigaciones de lingüística americana.

El conocimiento de las lenguas habladas en las regiones del antiguo Río de la Plata y Tucumán, no había recibido de los evangelizadores y conquistadores, el inteligente esfuerzo que pusieron en otras regiones de América. Borrados casi todos los rastros de las lenguas, con la desaparición de los núcleos étnicos originarios, el problema lingüístico quedaba envuelto en una sombra al parecer indisipable; no era posible esperar el descubrimiento de alguna piedra de roseta que diera por sorpresa, la clave para la revelación de este secreto impenetrable. El doctor Cabrera aplicó entonces, de propia inspiración, su método toponímico; con paciencia heroica, se dedicó a recoger en los antiguos documentos, las designaciones geográficas y etnográficas dispersas, a compararlas con otras tantas a lo largo de las extensas regiones del Tucumán y por la similitud de raíces, prefijos y desinencias, que se advertían no obstante las fonéticas locales que muchas veces les introdujeron notables diferencias, llegó a descubrir y luego a comprobar el significado de las voces indígenas. De este esfuerzo maravilloso, nacieron sus extensos nominadores, vocabularios explicados y documentados, testimonios de una labor admirable de benedictino, verdaderos monumentos de paciencia y erudición.

Una circunstancia ocasional le hizo imponerse de que este método tan fecundamente aplicado, había servido ya a Augusto Honorato Longnon, para realizar en Francia el milagro de la revelación de muchos secretos de la historia de los pueblos primitivos.

La toponimia en las regiones del Tucumán, permitió al doctor Cabrera no sólo fundar un método, sino afirmar algo más. Los vocablos indígenas, aparecían como productos de una hibridización en la que era fácil descubrir la participación de influencias de diversos orígenes para la formación de la lengua común. La constitución étnica de los pueblos primitivos, aparecía como la de una federación de naciones indígenas; la Pampa formaba así una especie de crisol inmenso, en donde se hubieran venido a fundir, en una única aleación las diversidades primitivas. Una sola lengua se descubría por sobre la aparente variedad, apenas si como dialectos,

se mostraba aquel color que en constante cambio, exasperaba la inagotable paciencia de los conquistadores.

Las revelaciones lingüísticas y etimológicas vinieron después, noble empleo, a esclarecer las investigaciones históricas. Los largos itinerarios de las expediciones de la conquista, que vivieron en una atmósfera de contradicciones y leyendas, han comenzado a esclarecerse, ante la posibilidad de fijar con más exactitud, con el auxilio de la onomástica y toponimia indiana, la ubicación cierta de los lugares geográficos.

No quisiera ser yo quien juzgue del valor real de este aspecto de la actividad cultural del Presbítero Cabrera; comprendo que en una región tan oscura en donde es preciso marchar a tientas y sin más luz que la fe en la eficacia de los métodos ni más calor que el de un noble entusiasmo, la investigación posterior encontrará mucho que deba corregir. El propio doctor Cabrera no juzga concluida su tarea, en palabras no exentas de serena melancolía, evoca la sombra familiar del discípulo y del sabio a quien quisiera encargar de la prosecución de su obra admirable. Groussac, el juez severo e implacable, no una ocasión de esas que la cortesía obliga, sino en la forma responsable del libro, ha pronunciado un juicio terminante. Al pie de una noticia histórico-geográfica del doctor Cabrera ha escrito esta sentencia: "Que interesantes resultan siempre los que hablan de lo que saben", y Eric Boman, el arqueólogo y etnógrafo eminente, arrebatado prematuramente por la muerte, concluía así su juicio: "El documento publicado por usted es simplemente sensacional y constituye la más importante contribución moderna, a la historia tan escasa del idioma cacán. Sus magistrales comentarios y notas, dilucidan de una manera perfecta los datos del documento y dan una idea precisa de la ubicación de los Capayanes y de su origen de Vinchina".

Tenemos ya ante nuestros ojos la imagen evocada del orador, del historiógrafo, del lingüista eminente, su personalidad intelectual se define sin embargo, por una sola dimensión, en el sentido de la profundidad en el tiempo. El Presbítero Cabrera sólo percibe profundamente el sentido de la historia, por eso persigue con

un afán inexplicable, el documento, el viejo libro, el arcón antiguo y reposa en su posesión con una voluptuosidad incomparable.

Una necesidad del espíritu de reducir a la unidad, de ajustar a sistema todo pensamiento, nos mueve siempre a averiguar cuál es frente a una obra realizada, el principio coordinador supremo que ha presidido su elaboración. No advierto, ciertamente, en el historiógrafo ni en el lingüista, ni las preocupaciones de una sistematización científica ni la influencia de un modelo filosófico. Los fenómenos que investiga, no los presenta como parte de un todo que se desenvuelve en un único proceso, ni como el engranaje de un organismo superior. La historia no adquiere bajo su pluma la severidad de una disciplina científica realizada según los cánones de una metodología formal, no aspira tampoco a transformarse en una especie metafísica a la manera croceana. Parecería, a pesar de su extraordinaria, casi abrumadora erudición documental, que el doctor Cabrera concibiera la historia como un arte, no por cierto en el sentido de una obra puramente literaria, en la que la belleza y la gracia de la forma, provoca por sí misma en el lector, evocaciones imaginativas, sino en el sentido de una obra de creación en la que va unida, a una severidad crítica ejemplar, una viva imaginación, capaz de descubrir secretas conexiones y de animar con un aliento vital los esquemas encerrados en las fuentes.

Hay sin embargo, en el fondo su obra, el principio unificador que no podría faltar; no lo busquemos en las ciencias humanas, sino en el ideal cristiano y en las disciplinas de la Iglesia que acata con serena e inquebrantable fe. En su labor de americanista, nada hay más claro que su empeño por desvanecer esa leyenda negra de la conquista que proyecta sus sombras sobre la Religión, y que si no adquiere bajo las sugerencias de su pluma el color blanco o rosado que anhela su afán restaurador, al menos se vuelve gris, que, como dijo Goethe, era el color de la verdad. Esa es su tesis suprema, no se alarmen los apasionados devotos de la imparcialidad en la historia, pues vale más la sinceridad que previene y descubre, que la lívida impasibilidad que ciñe una venda sobre los ojos de los incautos.

Su estilo literario no descubre ya al pulcro y nervioso orador de los primeros años; una manera sacerdotal llena de decoro,

de compostura, de dignidad esconde el fuego de un temperamento ardiente. Recuerdo haber leído en un estudio sobre Flaubert, la descripción de una extraña litografía, que representaba un hombre rudo y fuerte, de faz confusa y meditativa que marchaba en un paisaje desolado, sujetando difícilmente un gigantesco caballo de cabeza huesosa y negra, con dos aletas y dos muñones sin plumaje que nacían de su cuello y se agitaban miserablemente. El hombre y animal cansados, el uno arrastrando sus pesadas piernas e inclinando su cabeza, el otro aleteando e inquieto, iban entre campos de piedras entre un cielo neutro. Cada vez que creo descubrir un espíritu que se concentra y se contiene, vuelve de nuevo a mi memoria la sugestiva imagen de la lámina y veo a Pegaso en un paisaje gris, sujetado por la mano fuerte de la forma.

Señores: este homenaje tiene para mí, un sentido de intimidad que me conmueve. He vivido con el doctor Cabrera horas de amistad inolvidables, en aquella comunión, suma simpatía en las cosas humanas y divinas, con amor y benevolencia como la definía Cicerón. Y si es verdad que las acciones más altas y más nobles se cumplen bajo la sugestión de un modelo humano que miramos como irrepreensible, yo debo declarar en esta ocasión solemne, que más de una vez el doctor Pablo Cabrera ha sido para mí animador y maestro incomparable. Byron pensando en Dante, bajo los pinos de Ravena arrancó de su lira los más bellos cantos.

Discurso del Dr. Pablo Cabrera

El doctor Cabrera leyó entonces su discurso con esa palabra vigorosa y clara que algunos momentos hacía recordar al gran orador que siempre obtuviera tan memorables triunfos. La emoción de que rebosaba el corazón, si bien nubló en algunos momentos sus ojos, no hizo vacilar en ninguno su voz, ni su continente señorial y personalísimo. Terminado su hermoso discurso, el nuevo doctor "*honoris causa*" recibió los plácemes efusivos de la concurrencia, entre al que figuraba su señorita hermana y otras personas de su familia, momento que fué, sin duda, uno de los más emocionantes del acto realizado.

Algunos magníficos ramos de flores fueron también gentiles

presentes que embellecieron el acto que habrá dejado recuerdo imborrable de esta fiesta consagratória.

He aquí el discurso del doctor Cabrera:

Ante esta imponente ceremonia realizada en carácter de homenaje a uno de los viejos ex alumnos del seminario de Córdoba y que fuera el último, permítaseme formular así esta evocación, el último que entre varios de sus condiscípulos, alcanzó a graduarse en teología, licenciatura, a la sombra de estos propios muros, en aquel memorable cuarto de hora que precedió al advenimiento de la "noche triste", en que se suprimió del plan de estudios, vigente a la sazón en esta casa, dicha facultad; en presencia de un homenaje de tal índole, iba a decir, rico en emociones profundas y de óptimas enseñanzas, no le es lícito ni aún posible callar, al protagonista. La voz austera del deber y el impulso vivaz del entusiasmo no se lo permitirían. A tal objeto, otorgo la palabra al corazón, ya que al compás de las ondulaciones de ese maravilloso salterio, vibran los sentimientos más delicados del alma, al par que de su encordadura se desprenden como una hilación lógica, espontánea, natural, las protestas vehementes o suaves, cálidas y sinceras, de la amistad, del cariño o del reconocimiento.

¡Gracias, pues, "ex todo corde", a las autoridades máximas de este establecimiento, en cuyo nombre me han puesto hoy en posesión, solemnemente, de los títulos de doctor "honoris causa", distinción no común, extraordinaria, que cede en tanta mayor honra y medra del favorecido, cuanto proviene del instituto docente más antiguo y benemérito del país, y la informa, por otra parte, el anhelo tan noble, patriótico y dignificante, de promover, con especialidad entre los elementos que frecuentan estas aulas y otras similares, los estudios de nuestro pasado, así del punto de vista histórico como del geo-étnico y lingüístico.

Dueño ya de los valores espirituales con que el ilustrado Rector y el Honorable Consejo han querido favorecerme, justamente en el atardecer de mi vida, cual si les hubiera guiado el propósito generoso de poner una nota de luz en mi camino, "lucerna pèdibus meis", que oriente mis pasos y los gué en la postrer etapa de su peregrinación; permítaseme por lo mismo que, a imitación de los

caballeros medioevales que, al final de la jornada, deponían a los pies de la dama de sus amores, culto purísimo el de la mujer en aquellas épocas, los trofeos por ellos alcanzados, consagre yo también, por mi parte, las testimoniales de mi investidura, a una belleza supraterrrestre, de paso tan sólo en este suelo, en calidad de mensajera de luz y de amor entre los hombres, y a cuyo servicio me adscribí hace ya nueve lustros; la Religión, la Iglesia. Sí, la iglesia, no extraña, por cierto, de ningún modo, a este santuario augusto del saber, como quiera que uno de sus obispos, “de criollo” la califican sus historiadores, intervino en la erección y mantenimiento de él, junto con los religiosos de la Compañía de Jesús que lo tuvieron a su cargo y dictaron sus cátedras, por más de una media centuria; tarea gloriosa en que les sucedieron más tarde los frailes del instituto seráfico y los clérigos de Córdoba, respectivamente.

Con íntima complacencia ratifico el homenaje de pleitesía que acabo de ofrecer a la dueña de mis pensamientos y numen de mi carrera sacerdotal, resignando en aras de ella el pergamino simbólico, que podría muy bien llevar adjuntas, a guisa de dedicatoria, estas palabras de los libros santos: “Flores mei fructus”: mis flores son frutos, a la vez; es decir que las flores que dejo caer hoy a las plantas de la misma, flores de invernáculo, a pesar mío, o de las que asoman por entre los copos de nieve en la estación de los hielos, van entrelazadas con espigas, y, añado tímidamente, con espigas de oro: primicias de mi juventud algunas de ellas; otras, las más, atesoradas en los años de mi edad propecta, y, en fin, las dispersas, las errantes, que he logrado incorporar a mis acervos, recolectadas a esta altura de mi vida, talvez con la asiduidad cariñosa y tesonera de la bíblica Ruth.

A la par de este tributo, rindo también, de inmediato, otro de admiración y de simpatía, a la vez que de cordial agradecimiento a la Universidad, a esta “Magna Parens”, que a imitación de la madre de los Gracos y henchida más que ésta, de legítimo orgullo, ostenta hoy, ufana, a los ojos de tres siglos, como sus pedrerías más valiosas, las generaciones de alumnos egresados de sus aulas, que después de haberse abrevado a la sombra de estos claustros, en los manantiales tan puros del saber y de la virtud, munidos ya,

respectivamente de los títulos de bachilleres, licenciados o doctores, se dispersaban, unos en pos de otros, como aves mensajeras, hacia todos los vientos, cada cual de retorno a su tierra de origen, a su casa solariega, sita, fuese en ésta o en aquélla de las viejas gobernaciones del Tucumán, Río de la Plata y Paraguay, fuese del otro lado de los Andes o en el país bañado por el astro de los incas; y tras de esto, según la carrera por ellos adoptada o la misión a que el cielo les llamase, el sacerdocio, la milicia, la magistratura, el foro, las letras, las artes, el comercio, la navegación, la industria, etc., trocados a su vez en otros tantos vasos de elección, para valerme de una frase de la escritura, llevaban por doquiera como un lampo de luz inesperada, o un augurio de paz y bienandanza, el lema tres veces secular inscripto en el escudo de armas del instituto de Trejó: “ut portet nomem meum coram gentibus!”.

Y mientras continúa vibrando a través de los tiempos la divisa pregonera de los triunfos del solar de fray Hernando, traducidos en este “plafond” evocador, prestaré oído nuevamente, de más cerca, y si cabe, con mayor interés, ya que siguen resonando también, menos todavía bajo la bóveda del salón en que actualmente nos hallamos que en las profundidades de mi alma, los ecos simpáticos de la palabra sobria, sabia, discreta, inspirada y vibrante del eximio profesor de esta casa, mi muy estimado y leal amigo el doctor Martínez Paz, a propósito de los motivos que han dado margen a la presente academia. Su juicio acerca de lo que se ha complacido en designar con el título de “la Obra” del homenajeado, escrito a base de sapiencia y de benevolencia, como quiera que para su elaboración ha puesto a un tiempo en juego los recursos de su mentalidad vigorosa y las industrias exquisitas, delicadas, de un corazón como el suyo, tan bien puesto, es en alto grado honroso para mí, y al par que él obliga mi reconocimiento, háceme admirar en mi amable y docto comentarista el atisbo avizor de su inteligencia, el poderoso “intus légere” de su mirada, que le ha hecho ahondar tan acertadamente mis trabajos y analizarlos, con no menor fortuna, desde más de un punto de vista en que yo mismo no había reparado hasta hoy, por cuanto los he contemplado siempre desde otro mirador, mejor dicho, desde lo alto de más de uno, por el carácter vario, múltiple, miscelánico, de los temas abordados por aqué-

llos, aunque unidos todos, como por hilos invisibles y tendientes a una sola finalidad, absoluta o simplemente relativa. He ensayado ya la divulgación de estos conceptos, junto con la referente al método a que ajusto de ordinario mis investigaciones, por intermedio de varios de mis libros. Así, en el prólogo del intitulado "Monografías", he estampado lo siguiente: "Fruto de una labor de muchos años, conducida con el afecto que inspira la historia, cuando se apodera del corazón y la mente, son estos estudios."

"Creo, agregaba, haber aportado elementos a la solución de algunos problemas de nuestro pasado histórico, etnográfico y lingüístico, y esta creencia sincera, aunque quizás ingenua, es la que me mueve a recopilar mis trabajos y presentarlos en un conjunto accesible a quienes se interesan por ellos. Y si algún título personal he de invocar para justificar mi confianza, sea él, aporte del amor que dediqué a mis tareas, el método a que procuré siempre ajustarme, remitiéndome antes que nada al documento, como base de la investigación. Yo no sabría recomendar bastante a los que sienten vocación por la historia, la imperiosa necesidad de recurrir y de afrontar con humildad científica la consulta de los archivos, trabajo penoso, lento y que impide volar a la fantasía, pero que recompensa estos sacrificios con largueza, cuando ofrece los elementos para una inducción sólidamente fundamentada."

Y a guisa de aceptación de estos períodos, confíese estos otros al proemio, ya impreso, de mi "Onomástica Indiana del Tucumán", inédita aún, luego, en seguida, de haber informado a los lectores sobre las disciplinas a base de las cuales publicó Longnon, en Francia, su gran obra "Noms de Lieux", que tan favorable acogida tuvo en el país.

He aquí esas palabras: "A fin de que la ímproba tarea, a que invitan los aportes tan valiosos incorporados a mis nominadores, pueda ostentar, así que sea ella ejecutada, los caracteres y excelencias de una óptima labor, no deberán perder nunca de vista, su gestores, mientras estudien, analicen y ordenen todo ese cúmulo de elementos, que sus finalidades o puntos de mira son idénticos a los que persiguiera Longnon con sus discípulos, al efectuar sus búsquedas de nombres y proceder al análisis y la clasificación de los mismos; esto es, la fijación del origen y significado de ellos y las



transformaciones de que fueron objeto a través de las edades.

“Declaro con franqueza: apenas si me será dado esbozar, si quiera sea con algunos trazos y líneas generales, un trabajo de tan vastas proporciones. ”

“Quede, pues, reservada, así se clausuraba el prólogo, la ejecución de una obra como ésta, de trascendencia incuestionable, para algún sabio que quizá en un porvenir no remoto, se haga cargo de élla, sabio de verdad, según yo le supongo y lo anhelo y lo requiero, doy a estas palabras un timbre más o menos testamentario, que de los materiales tan preciosos, verdaderos tesoros del pasado argentino, de que le constituyo heredero, sabría sacar ventajas, sin ninguna duda, en beneficio de la ciencia, y llevar a cabo, a base de los mismos y de los que puedan brindarle otros acervos, la obra maestra de mis aspiraciones, el “opus majus” de índole histórico-geográfica, bosquejada pálidamente, mínimamente en las actuales páginas por mí.”

Tal, pues, contemplo yo, señores, el carácter o fisonomía de mi obra en la hora misma de su culminación, a base de sus antecedentes, de sus disciplinas y de los objetivos por ella acariciados, sin poner por ello, de ningún modo, en tela de juicio, las conclusiones lógicas a que ha arribado mi talentoso expositor.

CONFERENCIA DEL SR. DE LA GUARDIA. —

El 16 de junio corriente, en el Salón de Actos de nuestra Universidad, el profesor D. Ernesto de la Guardia, pronunció una conferencia relativa a la obra del pintor español, D. Francisco de Goya.

La disertación fué escuchada por el Sr. Rector, Dr. León S. Morra, las autoridades de las tres Facultades y numeroso público.

El orador fué presentado por el Secretario General de la Universidad, Dr. Ernesto Gavier.

LOS PROFESORES SUPLENTES DE MEDICINA. —

El 14 del corriente mes de junio, en el Salón de Grados de la Universidad, fueron entregados los diplomas a los nuevos Profesores Suplentes de la Facultad de Ciencias Médicas de la misma.

El Decano, Dr. José M. Pizarro, con tal motivo, pronunció las siguientes palabras:

Como el torrente que baja de las montañas y confunde sus aguas en las del río que corre en la llanura, sin haberle, empero, modificado su cauce, ni cambiado su rumbo, pero contribuyendo con el caudal de sus aguas a aumentar su importancia, fertilizar las regiones que atraviesa, así vosotros, al incorporar al personal docente de la Facultad contribuís a aumentar grandemente sus prestigios con el caudal de vuestras energías y el valer de vuestras enseñanzas.”

Al terminar, fué muy aplaudido.

A continuación, habló en nombre de los suplentes, el doctor Zilvetti Carranza, pronunciando el siguiente discurso:

Señoras:

Señor Rector:

Señor Decano:

Señores Profesores:

Señores:

Es para mí una satisfacción y un halago el contestar las palabras amables y estimulantes, con que el Sr. Decano nos incorpora al Profesorado de esta trisecular escuela. Sólo me afecta el ser indicado, para responderos, señor Decano, a base de hacer un esfuerzo de precisión para interpretar de los nuevos Profesores, el sentimiento de responsabilidad que este momento trascendental de nuestras vidas significa.

No escapa a nuestra contemplación azorada el espectáculo actual del mundo, donde los valores de la cultura son relegados a un plano diferente y donde fuerzas de organización social y utilitaria tienden a subordinarlos en un engranaje subalterno.

En esta lucha por su estabilidad, las Universidades y sus mé-

todos se modifican. El magister orador llenó su objetivo ha muchos años, la vida pidió a la cátedra contagiarse de su fiebre y celeridad. Cuando el océano es surcado en pocas horas y en cinco años se realiza la experiencia de una arquitectura social, no se puede destinar la actividad mental de una generación a recrearse auditivamente con el discurso magistral.

La ciencia fué mirada rudamente por unos y dudaron de ella los otros. Había razón para ello, cuando la gran tragedia los científicos dieron una lección de debilidad al mundo; pero los ídolos modernos transformaron la toxina tetánica en anatoxina, descubrían la insulina, manejaban las vitaminas y si durante el gran crimen, la ciencia prestó a la destrucción sus conquistas, en la paz dijo sus consejos sobre la salud y la alegría.

Los agnósticos asistieron indiferentes al espectáculo de la nueva mañana roja, los sensibles buscaban los signos del enojo divino, los deterministas — hombres prudentes — hacían comprobaciones, pero los métodos de enseñanza eran revolucionados y el privilegio de las universidades discutido.

Es ante este miraje que entramos a esta casa, Sr. Decano, y ya que la posición del hombre que medita frente a la vida es de confusión, es dinamismo la del que percibe las posibilidades de la cultura.

Señor Decano: Nuestra Universidad no es la mejor del mundo ni sus medios los adecuados a la educación moderna, pero decirlo da una sensación falsa de valor; trabajar por su engrandecimiento, es la necesaria aplicación a la vida de lo que hay en el hombre de eterno. Ungidos profesores, señor Rector, por procedimientos que pueden ser mejores, pero sin fraudes, sin regionalismo excluyente, no llegamos desalentados por la magnitud de la carga ni infatuados por lo que el cargo tiene de pedestal. Al contrario, en el contorno de lo próximo no hay belleza, no hay esperanza, ni es campo de la imaginación; lo que está cerca ya nos es una meta, sólo estimula la curva del horizonte.

Tampoco llegamos con modestia: hay una conciencia colectiva que señala a los hombres y les asignan su propio valor; llegamos con esperanza y decisión. Diríase que nuestra vida empieza hoy: así tomadlo, señores, juzgadnos por lo que de hoy en adelante cons-

truyamos y juzgad el estancamiento y la inacción como la muerte de nuestras comunes esperanzas. Hombres de la vanguardia del 18, que el recuerdo de esta fecha nos encuentre trabajando porque esta casa sea una antena más que traduzca al mundo sus vibraciones y sus angustias; porque la juventud encuentre en nosotros los vigías de su exploración en el campo de la conciencia y del gran problema.”

Acto continuo, se entregaron los diplomas a los siguientes Profesores Suplentes:

Doctores Jorge Orgaz, J. Zilvetti Carranza, Arturo M. Sosa, Victorio Brachetta, David L. Caro, Rodolfo González, Pedro Minuzzi, Esteban Grau Bassas, Saulio N. Berra, Vicente Bertola y Moisés Goldman.

PROFESORES SUPLENTES DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES. —

El Consejo Directivo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales nombró, de acuerdo a los dictámenes de los tribunales que juzgaron las pruebas rendidas, Profesores Suplentes a los señores José Manuel Saravia, de la cátedra de Derecho Civil, segundo curso; Horacio Valdés, y Alfredo Orgaz, de Derecho Civil, notariado; Carlos Pizarro Crespo y Alfredo Fraguero, de Filosofía Jurídica, y Manuel Augusto Ferrer, de Derecho Comercial, primer curso, y de Derecho Comercial, segundo curso, a los señores doctor Mauricio L. Yadarola y J. Cortés Funes.

EL ACTO ACADÉMICO DEL DIA 12 DE MAYO. —

En un brillante acto académico se llevó a cabo el homenaje tributado por la Universidad a los doctores Eliseo V. Segura y Julio T. Méndez. La lucida ceremonia congregó numerosa como selecta concurrencia en el Salón de Grados y ella fué el mejor homenaje de justicia y afecto que podía ofrecer nuestra vieja Universidad a sus dos esclarecidos ex - alumnos, otorgándoles los diplomas de “*profesores honorarios*” de la Facultad de Ciencias Médicas, tí-

tulos que ellos recibieron en medio del general aplauso de las autoridades civiles y universitarias, de ex-profesores, ex-alumnos y estudiantes, allí presentes.

Inició el acto el Decano de la Facultad de Ciencias Médicas Dr. José María Pizarro, en forma expresiva y sincera como lo demuestra el discurso que reproducimos a continuación; le siguió en el uso de la palabra el Dr. Avelino Gutiérrez, en representación de la Asociación Nacional de Medicina; luego el Dr. Diógenes Massa en nombre de la Sociedad Argentina de Laringología, de la que es presidente, y después el Dr. Luis B. García en representación de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Todos los oradores hicieron destacar con frases llenas de admiración y de brillo las tareas científicas de los homenajeados. Una vez terminados los discursos se levantó el Dr. Julio T. Méndez para agradecerlo en una forma original, pues, se concretó a la lectura de un trabajo científico sobre "La inmunidad" con el que ofreció a los profesores de la casa de estudios una primicia de su "teoría biológica argentina" que anunció expondría en breve en Córdoba, en un ciclo de conferencias a desarrollar a mediados del año en curso en la Facultad de Medicina.

Después de la disertación del Dr. Méndez, el Dr. Eliseo V. Segura pronunció un elocuente discurso con el que agradeció efusivamente la ceremonia en su honor y tuvo palabras de recordación y cariño para la Universidad.

A continuación, el Sr. Rector, Dr. León S. Morra, entregó, previas palabras de estilo, los diplomas de "profesores honorarios" a ambos médicos, con lo que dióse el acto por finalizado.

Discurso del Decano de la Facultad de Ciencias Médicas,

Dr. José M^a. Pizarro

Hacen pocos meses celebrábamos en este mismo lugar uno de los más faustos acontecimientos en la vida de nuestra Facultad de Medicina: se cumplía el Cincuentenario de su fundación y con este motivo se realizaba el Primer Congreso Panamericano de la Tuberculosis. Sabios de fama mundial vinieron trayendo junto con las demostraciones de afecto, y sus votos por la prosperidad del Ins-

tituto, el aporte de sus experiencias y los frutos de sus investigaciones en el amplio campo de la Tuberculosis clínica y experimental.

La Universidad, al propiciar la realización de ese Congreso, extendía el campo de su acción, e interesándose en las cuestiones sociales rompía con el molde de arcaicas tradiciones e intervenía en forma decisiva en la solución de uno de los problemas de más palpitante actualidad.

Y aunque de otra índole, no es menos grato, no es menos importante y trascendental en la historia de nuestra Facultad, el motivo que nos reúne hoy de nuevo, bajo el amparo del fundador de esta Casa que parece aprobar este acto, en el cual, la Facultad de Medicina, deseosa de incorporar a su seno los elementos más ponderativos de que dispone el país, abre las puertas de sus claustros, y por primera vez desde su fundación, procede a nombrar profesores honorarios haciendo recaer esta designación en las personas de los ilustres profesores de la Facultad de Buenos Aires Dres. Julio Méndez y Eliseo Segura.

Y al hacer esta designación no ha tenido en vista el propósito muy justo por lo demás de aumentar su propio prestigio con el de estos reputados maestros.

Un pensamiento más elevado, más noble y menos egoísta es el que ha presidido sus resoluciones, y al acordar a los Dres. Méndez y Segura el título de Profesores Honorarios lo hizo, ante todo animada de un espíritu de justicia confirmando, podríamos decir, un cargo y reconociendo en ellos a viejos maestros de nuestra juventud estudiosa, aún más, a verdaderos maestros de los maestros de nuestra Facultad.

No pretenderé para demostrar el acierto que ha tenido la Facultad al hacer estas designaciones, hacer un análisis de los títulos y trabajos de estos esclarecidos maestros, y ni siquiera una simple enumeración de los mismos; sería una tarea larga e inútil desde que nada demuestra con más elocuencia este acierto que los solos nombres de los Dres. Méndez y Segura, nombres que evocan todo una vida de estudio y de trabajo, todo una existencia consagrada al progreso de las Ciencias Médicas y al alivio de los sufrimientos humanos; todo un más alto exponente de intelectualidad y cultura.

Y nada más elocuente para confirmar el voto de esta misma reunión donde se encuentra representado cuanto Córdoba tiene de caracterizado en el orden político, social y profesional, que se apresuran a testimoniar a la Facultad su aplauso por estas designaciones y a presentar a los nuevos profesores sus sentimientos de afecto y de cariño y sus felicitaciones por el honor que les ha sido dispensado.

Y al hacer esta designación la Facultad ha tenido también en cuenta que se trata de dos hijos de Córdoba, que abandonaron esta ciudad hace ya muchos años persiguiendo un ideal y en busca de un campo más amplio y propicio para sus actividades. Partieron de frente al sol, dejando a sus espaldas las tierras de sus mayores y llegaron a la Atenas del Plata, donde tuvieron lugar sus primeros combates y sus primeros triunfos. En aquel ambiente de cultura, entre gente de espíritu amplio y abierto como un río, como su pampa se pusieron de manifiesto las grandes cualidades de inteligencia y de carácter de que estaban dotados; y lucharon y triunfaron; y todas las puertas se abrieron a su paso y se le tributaron todos los honores a que podían aspirar.

Pero como el héroe del poema inmortal de Longfellow, cuyo lema parecían ostentar siguieron siempre luchando y ascendiendo, y sus nombres pasando los límites de nuestra patria y de nuestro continente atravesaron los mares y fueron citados con respeto en los cenáculos de los sabios europeos; y los congresos médicos se apresuraron a estudiar y aprobar sus trabajos, y las corporaciones científicas y las academias del viejo mundo se apresuraron a ofrecerles un sitio de honor, orgullosas de contarlos entre sus miembros.

Y fueron así heraldos, de paz, que difundieron en el extranjero el nombre de la ciencia médica argentina.

Y progresando siempre, cargados de años pero aún más cargados de títulos y méritos, que obliga nuestra consideración y respeto; obedeciendo quizás, a una misteriosa ley de atracción y simpatía, he aquí que se encuentran de nuevo en la tierra que los vio nacer, donde se realizaron sus juegos de niños, donde se despertaron sus juveniles ambiciones de gloria y de saber: y se encuentran con brazos que se extienden cariñosos para darles el parabién, con corazones amigos que latén al unísono animados en la misma ex-

presión de afecto, y que incapaces de manifestar los sentimientos que los agitan y la emoción que los conmueve sólo atinan a darles su bienvenida.

Dres. Méndez y Segura, en nombre de la Facultad de Medicina, de su cuerpo de profesores, en el mío personal reciban nuestro saludo al incorporarse al personal docente de la Facultad con el cargo más honorífico que la Universidad puede acordar.
